

Ramón J. Sender

## Crónica del alba, 3

Los términos del presagio

La orilla donde los locos sonríen

La vida comienza ahora



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Primera edición: 1971  
Tercera edición: 2016

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Fotografía de Fernando Madariaga

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Herederos de Ramón J. Sender  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1971, 2016  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-9104-491-8 (Tomo III)  
ISBN: 978-84-9104-510-6 (O. C.)  
Depósito legal: M. 25.879-2016  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 9 Los términos del presagio
- 297 La orilla donde los locos sonríen
- 419 La vida comienza ahora



# Los términos del presagio



Diez meses después de haber renunciado a buscar manuscritos nuevos de Pepe Garcés, convencido de que lo que tenía era todo lo que nuestro héroe había escrito, un amigo me proporcionó tres cuadernos más, que me apresuro a publicar, ya que en mi opinión no carecen de interés.

También había versos:

*Los estratos del humo quebrantados  
por el valle acudían  
bajo las verdes copas tutelares  
de la olivarería,  
y sagrada y azul aquella boca  
aquella, muda, allí  
llena de verbos cancelados, llena  
de gritos roncós al amanecido,  
tal vez sin lengua, pero  
con un bramar sochantre y sostenido,  
salía por los agros a mi encuentro.*

Mi amigo escribía no sólo versos desesperados, sino también idílicos –todavía– y con metros de la vieja Grecia:

*Se oye el ruiseñor en la abadía  
como todos los años por ahora  
y en su canción la noche se extravía  
mística y pura.*

Los papeles que he hallado y que son realmente los últimos, ya que alcanzan a los días de su postrera aventura (la guerra civil, la aventura de todos los españoles), comienzan con lo que sucedió inmediatamente después de haberse graduado.

Mucha más importancia que su graduación tenía para nuestro joven héroe su integración en el mundo de los adultos por el amor físico y por alguna clase de responsabilidad social que no quiso aceptar en los niveles de la ciudadanía ordinaria.

Valentina estaba no sabía dónde, pero estaba lejos y en algún lugar esperaba el amor. En otro muy lejano disfrutaba ya Pepe (prematuramente) la orgía de la carne. La esquizofrenia española que declara sublime el amor y abyecto el sexo en un mismo individuo, comenzaba a producir efectos.

Dice Pepe en algún lugar: «Tal vez por haber comenzado demasiado pronto a gozar del amor físico fue éste el que rigió luego mi vida; pero no hay que sacar falsas consecuencias, porque me es difícil a mí separar las voluptuosidades del alma de las del cuerpo y, en definitiva, la esquizofrenia española no fue tan grave. Todavía hoy si fuera posible lo amaría todo, lo fecundaría todo y me retiraría a morir al fondo del bosque y la muerte tendría alguna clase de voluptuosidad, aún». La unidad estaba hecha –de un modo u otro– en el caso de Pepe partiendo de los sentidos.

Y los sentidos estaban impregnados de la conciencia transcendente del ser. En cuanto a Valentina,

*El sol caballerizo  
y la yegua del mar  
venían al bautizo del azar  
organizado por las nuevas amistades.*



*Estaban en las rosas  
las palomas torcaces  
y decían sus cosas las procaces  
garzas que sobreviven a los niños discretos.*

*Ahora te veo a ti  
Valentina, ventura  
de mi sabida superestructura,  
allí en la copa grande y húmeda de la noche.*

Al encontrar estos papeles póstumos, mi impresión primera fue la de haber hallado algo en proceso de cristalización; es decir, sin forma definitiva o al menos en un estado más fluido que los anteriores. Por lo menos en lo que se refiere al segundo cuaderno titulado «La orilla donde los locos sonríen». El siguiente, «La vida comienza ahora», tiene una estructura narrativa más cuidada y fue sin embargo escrito después. Así no se puede atribuir la aparente falta de cristalización de ese libro octavo a fatiga o a falta de tiempo. Parece que la irregularidad era deliberada en el autor. No sé con qué fin.

Hay que tener en cuenta que con estos cuadernos salva nuestro autor algo más de quince años de realidad física, moral, intelectual, espiritual, es decir, que rompe las unidades a las cuales se ha atenido hasta ahora y a las cuales va a volver en «La vida comienza ahora».

Como digo al principio, creí que se trataba de formas inconexas y tal vez de notas para ser integradas más tarde en alguna clase de estado definitivo. Pero supongo que en su estado de nebulosa –por otra parte tan diáfana y clara y bien ordenada– tiene su verdadera naturaleza.

*Había ido al mesón y en el brocal del pozo  
preguntando por los ancestros muertos  
encontré aquella voz que oía cuando mozo  
y que me daba en sus inciertos ecos  
el legado de las viragos cenicientas.*

*¿Eres tú? ¿No eres tú? ¿Qué hacías en el valle  
lleno de limos de lubricidad?  
¿Eres tú? ¿Quiénes somos? Andaba con la dalle  
y en la avenida de la Libertad  
gloria por gloria renunciaba a la del crimen.*

*Vine después subiendo hasta esta posada  
o castillo tal como me estás viendo;  
en el camino había héroes de la armada  
sin nombre que a los que íbamos huyendo  
nos mataban con la indolencia de los fuertes.*

*Dejadme entrar ahora al mesón del laurel,  
yo saldré cuando todo haya pasado,  
prometo que entre tanto no cruzaré el cancel  
a menos que me hayan convocado  
ese día que el poste de la horca echa brotes.*

*El aire estaba lleno de ecos minerales,  
en el valle encelábanse los toros  
por la voz se reconocían los erales  
y en tierra que ayer fuera de los moros  
los grandes orinaban –humanos– por su turno.*

*Sucedían ya entonces las cosas más extrañas,  
era exacta la fe como un binomio  
ya no había contradicción en las Españas  
y desde el parlamento al manicomio  
el autobús lo conducían las doctoras.*

*El granizo ha caído después en mis vergeles;  
Isabel fue el lindero del ocaseo  
y altura por altura en la de los dinteles  
de la niebla de Dios, pongo por caso  
ya no huelen, hermana, las flores de la vida.*

*En la tardía tarde de los maizales rotos  
un cristal inseguro en la ventana  
tiembla con la volada del aire de los sotos  
y aunque trae canciones hortelanas  
ya no hay sol en las bardas, amante del invierno.*

La verdad es que Pepe seguía por el momento en la farmacia, pero sabiéndose superior a su situación se permitía dos actividades que excedían a su trabajo regular: una clandestina y otra legítima y legal. La clandestina era su relación con el Palmao, a quien llevaba el correo que recibía. Para eso aprovechaba la hora de la cena en casa de la señora Bibiana, que estaba a mitad de camino de la casa del Palmao, también rústica y agrícola, aunque con esa aura sospechosa de las casas campesinas cuyo dueño ha corrido mundo.

La segunda actividad consistía en sacar libros de la biblioteca de los escolapios y leerlos en la rebotica o en su cuarto. Pasaba con fruición de las bellas letras a la historia o a la filosofía evitando la relación con sus antiguos colegas de la escuela, excepción hecha de Eliseo, quien una vez confesada su verdadera naturaleza moral se había hecho de veras tolerable. Admiraba Pepe y despreciaba a un tiempo el cinismo de Eliseo. En definitiva, pensaba que era un hipócrita genial y había descubierto que en aquella clase monumental de hipocresía no todo era reprochable ya que llevaba implícito un cierto respeto por los demás. Nada ganaba Eliseo con sus embustes de muchacho bien educado y, sin embargo, hacía con ellos a los demás un poco más cómodos en la vida. Pepe, sin embargo, consideraba aquella hipocresía como un signo de debilidad.

## Aquí comienza, verdaderamente, «Los términos del presagio»

Mi suicidio frustrado me dejó algunas semanas una notable sequedad de alma. Si aquello me era negado también, ¿qué era lo que me permitirían?

Preferí renunciar a la averiguación, por el momento.

Mi situación no era del todo infausta. El gran problema del Palmao quedaba resuelto y era algo; y aun mucho, aunque ciertamente aquella solución comportaba como dije una serie de traiciones. Pero así suele ser cuando uno carece de medios para influir en su propio destino; es decir, para regir su propia conducta. Yo era entonces casi un niño y mis lealtades y mis traiciones no dependían de mí. Era la vida que me sorprendía y me castigaba o premiaba con aquellas cosas.

Como a cada cual. Un poco más a mí –creo yo–. Cada uno de nosotros cree que el destino se ocupa más especialmente de él que de los demás. Yo creo en el destino aunque pienso que actúa con los elementos que nosotros le damos. Es decir, que con las premisas de mi conducta en lo más mediocre y en lo más inusual hace sus combinaciones y revierte sobre mí para producir consecuencias felices o miserables según los casos.

En definitiva, el destino se alimenta con mi conducta y de ella saca las bases de mi hoy y mi mañana. A veces me gustaría

que esa conducta mía se le indigestara o lo envenenara. Pero nadie conoce el sistema de asimilación del destino.

La tía Bibiana me decía cada día algo en relación con la cosecha de la aceituna, que se acercaba. Por hacerse en invierno, era muy diferente de las cosechas de otras frutas o de los cereales del verano. Era más complicada y mejor pagada. Tres pesetas a los vareadores y ordeñadores, dos pesetas a las allegaderas (eran siempre mujeres) y a los del acarreo. La tía Bibiana sabía mucho de aquello porque desde hacía años preparaba la comida para los capataces.

—¿Sólo los capataces? —preguntaba yo aquel día.

Ella hablaba alzando el pito como si los demás fuéramos sordos.

—Sólo. Las allegaderas y los de la chusma comen mera oliva asada al calivo.

—¿Y pan?

—Pan a qué quieres boca. Y vino. Vino hasta malmeterlo.

Parece que también allí preferían tirar el vino sobrante antes que devolver una sola gota a los intendentes. O verterlo en un hoyo abierto en el suelo y beber a «morro-tollo». La tía Bibiana estaba excitada con la madurez de la cosecha:

—Cuarenta y cincuenta hombres comen de mi escudilla. Y un año hasta sesenta.

—¿Todos capataces? —preguntaba yo.

—Y un mayoral —añadía ella, jactándose.

Yo no podía entender la energía de aquella viejecita cuya única señal de fragilidad era su voz infantil. Pero la señora Bibiana tenía ojillos escrutadores entre sus párpados arrugados y se había dado cuenta de que dentro de mí se estaba produciendo algún cambio:

—¿Qué le pasa? ¿Ha tenido noticias últimamente de su familia?

Desde la noche de mi suicidio frustrado yo era otro. Es decir, era el mismo, pero con una idea diferente de las cosas. «Estoy en la vida —pensaba— como en una cárcel de la que no me dejan salir.»

Y vivía a merced de la brisa que soplabla. Era lo que la viejecita veía, también, porque un día me dijo:

–Está usted como la oliva que cuaja y encarna con la niebla y no con el sol.

Yo no decía nada y ella creyó que debía añadir:

–Tenga «cuidiao», porque al hombre que pierde la sustancia, el aire se lo lleva.

Sustancia quería decir la calidad maciza, el peso. Y yo lo estaba perdiendo tal vez, aunque el aire no se me llevaba todavía. La viejecita no solía hacerme preguntas personales porque la gente del pueblo tiene también su sentido de lo permisible, pero aquel día me preguntó:

–¿A qué hora se levanta su mercé?

–A las ocho, más o menos.

Ella torcía el gesto:

–Ya se me hacía a mí. El hombre que deja que le pille el sol en la cama está perdido. Y la mujer también.

Por lo visto a la viejecita no le había pillado el sol en la cama desde que tenía uso de razón. A los viejos héroes del romancero tampoco les sorprendía el sol en la cama, a no ser en los dulces despertares del amor, que, al parecer, los dejaba luego toda su vida, como a Garcilaso, con líricos sentimientos de culpabilidad.

El haber perdido yo por el momento a Valentina y, sobre todo, el haberla sustituido con Isabel me hacía escéptico ya en materia de amor. Es decir, de sexo. Aunque no era sólo Isabel, porque en aquel momento pensaba en la «doncelleta» que conocí semanas antes en aquel mismo lugar. La conocí «sin conocerla», claro.

Comía y callaba.

Me daba cuenta desde hacía algunas semanas de que todo me empujaba hacia abajo. Había una manera mediocre –en el sentido clásico–, es decir, una manera habitual de vivir, otra manera brillante y también una manera sórdida. Todo me empujaba hacia la sordidez.

No había vuelto a ver a Isabelita, pero cuando supe que había ido a Puebla de Híjar con la familia del ingeniero, com-

prendí que su ausencia no se debía al hecho de haber puesto el Palmao y yo las cosas en claro. Probablemente ella no sabía nada de aquello y yo no pensaba decírselo.

No sabía realmente cuándo volvería mi amiga y seguía sintiéndome tan culpable pensando en Valentina, que no estaba seguro de que deseaba que mi amante de Alcannit regresara. Ya habrá visto el que lea estas notas –si alguien llega a leerlas un día– que yo entonces no pensaba con la razón, sino con el temperamento (se podría decir), lo que es bastante español. Con él vivía también. Mi razón no me había servido nunca sino para calibrar y limitar los excesos de un temperamento que iba a todas las cosas y que se identificaba con la mayor parte de ellas.

Con Valentina me sentía no exactamente culpable, sino condenado a una eterna culpa por alguien que no era Valentina, ya que ella me habría recibido como siempre y era tan ajena a la idea y la práctica del pecado, que no habría podido comprender nunca mis escrúpulos. Sin dejar de sentirme verdaderamente culpable deseaba, pues, el regreso de Isabelita.

Una vez más, el amor era una virtud y el sexo un vicio. Un ejemplo de esa esquizofrenia de los españoles (y en menos medida de todo el mundo de civilización cristiana) según la cual tenemos una vida angélica, pura, en el amor y satánica –impura– en el sexo. Ciertamente, la psicopatología desde antes de Freud hace girar todos los problemas en torno a ese malentendido crucial. Y aunque no ha hecho sino complicar más el problema, al menos ayuda a la gente a entenderse a sí misma.

Yo amaba a Valentina y deseaba a Isabelita, y el amor imposible de Valentina me confundía y torturaba, y el amor inexistente de Isabelita (inexistente en mí) me daba gozos y orgías sin los cuales no podía pasarme.

Ahora veo (desde la altura de mi supuesta madurez) aquel período como un tiempo confuso y brillante en el cual todas las tendencias de mi vida me empujaban hacia un nivel más bajo, donde me esperaba un raro peligro de desintegración.

La señora Bibiana volvía a preguntarme, con la aceitera en el aire sobre mi plato de legumbres:

—¿Qué le pasa? Se le ve a usted así como lastimoso.

Y luego comentaba: «Todo el mal les viene a los hombres que estudian de tanto cavilar». Ella me tenía a mí por un sabio, ya que acababa de graduarme de bachiller. La vista comenzaba a fallarle, porque para enhebrar la aguja tenía que acercarse a la ventana y ponerse a contraluz (lo que la hacía contraer los párpados y arrugar la nariz). Cuando aliñaba mi plato (sobre todo el de legumbres) acercaba a él su cabeza inclinándose sin dejar de hablar, lo que a veces me daba la incómoda sospecha de que su saliva podía salpicar mis alimentos. Era, sin embargo, la estampa de Bibiana tan recogida y nítida, tan limpia en cada uno de sus cabellos plateados y en el ramaje coloreado de su pañoleta sobre una blusa ceñida, que no sentía repugnancia alguna. Mientras rociaba de aceite mis legumbres acercaba su cara al plato como si estuviera haciendo una obra de arte, y el olor del aceite crudo y de las legumbres frescas me hacía olvidar pronto lo demás.

Cada día, a medida que me alejaba de Valentina, iba sintiendo la necesidad de acercarme a aquellas pobres gentes (Bibiana, el Palmao, Isabelita y el viejo reumático que venía todavía a verme a la farmacia arrastrando su pata y me contaba cuentos riendo hasta las lágrimas). Al lado de ellos, el farmacéutico me parecía un poco falso y objeccionable. Y también Eliseo, a quien imaginaba vestido un día de oficial del cuerpo jurídico de la Armada ayudando a su dama a bajar del landó.

Pero era difícil, por otra parte, identificarse con aquella gente de la tía Bibiana, que tenía apodos bellacos y maneras primitivas como la gente del neolítico, cuyos restos y huellas buscaba don Víctor los domingos.

Yo comía y trataba de acercarme al mundo de Bibiana:

—¿Tiene usted familia? —le preguntaba.

—Una hija tengo, que se acerca ya a la cincuentena porque, lo que pasa, la parí siendo muy moza.

¡Ah!, debía ser aquella mujer de quien me había hablado Isabelita con desprecio y envidia a un tiempo.



–¿Tiene usted nietos, señora Bibiana?

–No, porque mi hija no se casó. Fue a Barcelona y allegó caudales.

–¿Trabajando?

Era una pregunta un poco atrevida después de lo que había oído decir a mi amante, pero Bibiana se quedó un momento dudando y con la inocencia de siempre respondió:

–Pues no sé cómo decirle, pero era puta de un pez gordo. En Barcelona tenía una casa resplandeciente, con un cuarto de paredes con losetas blancas y jetas de agua.

Aguantaba yo la risa, sintiendo al mismo tiempo una especie de compasión de mí mismo por convivir con aquellas gentes. La viejecita se lamentaba también a su manera:

–Ahora tiene, mi hija, silla de dama en la colegiata y no se le da mucho de su madre. A su madre, que la parta un rayo. Eso es contra la ley de Dios, pero así va el mundo.

Creía Bibiana que era natural cuando se tenía dinero negar a la madre, y no se lamentaba.

La vida no era mejor ni peor por eso y los hombres no podíamos hacer nada por cambiarla, porque ella –la vida– tenía derechos sobre todos nosotros. Bibiana trabajaría sin quejarse (nadie se quejaba a su alrededor) hasta caer un día como cada cual.

En la farmacia, el patrón de los chalecos de fantasía también se daba cuenta de mis cambios de conducta y me preguntaba con la mirada. Yo respondía con mi silencio, pensando: «¿No te parece poco tener que trabajar varios meses sin salario para devolverte el poco dinero que me adelantaste antes de mi viaje a Bilbao?». Quería marcharme, pero no sabía cómo, porque de mi sueldo no me sobrarían sino tres duros mensuales, que debía acumular para cubrir la deuda. ¿Cuántos meses más?

Pero tuve una sorpresa a fin de mes. El farmacéutico me pagó como siempre, y me dijo:

–Mi padre le regala el dinero de su viaje.

La sorpresa fue de veras agradable y cuando el médico apareció por la farmacia me apresuré a darle las gracias. El buen

hombre, con su aspecto de león fatigado, pareció incómodo por mis expresiones de gratitud. Como en aquellos días había comenzado yo a recibir correo del comité regional en relación con la futura huelga de aceituneros, me sentía en una situación de deslealtad. Por la noche no podía dormir pensando en aquello y comencé a tomar tabletas contra el insomnio. La víctima mayor de aquella huelga iba a ser precisamente el viejo doctor, padre del farmacéutico –pensaba yo entonces–; es decir, la única persona mayor que me quería en el mundo y la única a quien yo respetaba.

Las campanas de la colegiata sonando sobre mi cuarto lleno de oquedades frías, habían llegado a ser lo contrario de lo que pretendían; es decir, que no eran una llamada a la virtud, sino a la voluptuosidad. Y yo pensaba: «Tal vez la voluptuosidad, obra de Dios, es también sagrada y no acabamos de entenderlo los hombres».

El uso de somníferos me tenía por las mañanas un poco indeciso de movimientos y malhumorado. Yo sentía cariño por el médico (que venía a ocupar el lugar de un padre a quien no había podido querer) y al mismo tiempo admiración y lealtad por el Palmao (que no me había cortado el pasapán) y por el comité regional de Zaragoza, que preparaba la batalla contra los olivareros, en la cual yo tenía un papel importante y secreto.

Entre aquellas dos corrientes, como entre las de la voluptuosidad de Isabelita y el amor de Valentina y entre mi veneración por el santo del paraguas y mi desprecio por el cura pederasta, sentía descomponerse y desintegrarse mi joven persona. Y en aquella desintegración había una especie de suplicio que no me atrevía a confesarme a mí mismo.

Se agravaron las cosas cuando volvió Isabel y me dijo que estaba encinta. Mi primera reacción, como suele suceder en casos parecidos, fue dudar de que yo fuera el padre. No me preocupaban las sugerencias que el farmacéutico me había hecho tiempo atrás, según las cuales algunas mujeres cuando estaban embarazadas buscan un «editor responsable», porque

siendo menor de edad no tenía responsabilidad alguna. Pero no podía menos que dudar.

Recordaba lecturas de Quevedo (a quien había leído en la biblioteca de la Universidad de Zaragoza, que estaba cerca de mi instituto) y especialmente aquella carta que escribía a una amiga en la misma situación: «Me dice vuesa merced, señora mía, que se halla encinta y lo creo, porque las costumbres de vuesa merced no son para menos...». Y así seguía Quevedo negando la paternidad y diciendo –creo– que las responsabilidades debían repartirse a escote entre los que habían intervenido. Pero Isabelita había venido virgen a mis brazos y sentía respeto y compasión. Le conté el caso al farmacéutico, más que por piedad para ella, por vanidad de joven macho. Cuando me di cuenta, me llevé una gran sorpresa.

«Ahora sucederá algo –pensaba–. He hecho una imprudencia diciéndoselo al farmacéutico y sucederá algo. El destino se aprovechará de mi imprudencia.»

Desde aquel día el farmacéutico me trataba con cierta sequedad, limitándose a un género de relación más profesional que antes.

Naturalmente, Isabelita, a pesar de la despreocupación que tantas veces había mostrado en relación con su futuro e incluso de las ventajas que esperaba del hecho de hallarse encinta, se veía inquieta y angustiada. Uno de aquellos sábados por la tarde –cuando nos abandonábamos a nuestras orgías– se puso a llorar y me dijo:

–¿Sabes? Otras mujeres se ven como yo y saben salir del apuro.

Había abortos, claro, y mujeres que los hacían clandestinamente por dinero. Pero hacía falta dinero. No era difícil para mí robar un poco de dinero en la farmacia, pero habría preferido asaltar un banco. Tampoco esto me era posible, porque no tenía armas.

Verdaderos bancos no los había, además, pero sí dos o tres agencias bancarias. Llegué a pensar en el Palmao, aunque ¿cómo iba yo a plantearle aquel problema precisamente a él?

Pensaba luego en pedir ayuda al comité de la regional, pero ¿hasta qué punto se puede esperar recibir dinero de una organización revolucionaria para pagar a una bruja que hacía abortos? Por otra parte, en las organizaciones de la CNT nadie cobraba. Los mismos activistas que intervenían en cosas graves (atentados o sabotajes) no recibían sino los gastos de viaje y el importe de los salarios que perdían en la fábrica los días de ausencia. Teniendo eso en cuenta, ¿cómo iba a plantearle al Palmao la necesidad de dinero para aliviar a su hijastra de un embarazo del que yo era culpable?

Yo creía que el precio del aborto sería doscientas o trescientas pesetas. Cuando Isabelita me dijo que eran sólo cinco duros me quedé asombrado y pensaba que algunas mujeres habían perdido la vida en aquel miserable trance. Muriera o se salvara Isabelita –aquella preciosa criatura–, el hecho de que creyera que su salud y su tranquilidad y su suerte futura no merecieran hacer un gasto de veinticinco pesetas me dejaba lleno de piedad.

Tal vez era una manera de amor, aunque no se podía comparar con el que sentía por Valentina.

Pero amor lo era.

La solución la propuso ella misma. El aborto había que hacerlo antes de que se cumplieran los tres meses del embarazo y ella calculaba que para entonces tendría el dinero ahorrado de su salario de doncella, aunque en aquel momento no tenía un céntimo porque todo lo que ganaba lo gastaba en vestirse y debía dinero –pequeñas cantidades– a todo el mundo.

Hubo una complicación, digo, en mi pequeño orden moral. Mi farmacéutico seguía enfadado conmigo porque lo había engañado tiempo atrás, diciéndole que me entendía con la Trini, amiga de Isabelita, y no con Isabelita. Cuando le expuse mi verdadera situación le molestó que no le hubiera dicho la verdad. Es verdad que para mentir hay que tener memoria. Lo peor fue que queriendo arreglar las cosas le dije que había comenzado con la Trini, pero después me había hecho amigo de Isabelita. Todo esto trajo consecuencias, porque el farmacéuti-

co era amigo del ingeniero, se lo dijo y al saber éste que la doncella estaba embarazada la echaron.

Se quedó Isabelita en la calle por mi culpa, sin dinero, encinta y sin la menor perspectiva de salvación. Yo pasé unos días de verdad sombríos y comprendí que hay desgracias peores que las que había conocido hasta entonces y que el destino estaba haciendo uso de mis imprudencias.

Dos días después, la señora Bibiana me dijo que por venir la cosecha temprana comenzarían las faenas tres semanas antes que el año anterior. Le pregunté cuánto ganaban las mujeres –dos pesetas diarias– y me puse a hacer calendarios. Calculé que podría darle a Isabelita diez pesetas más, de la mensualidad (me sobraban quince después de pagarle a la señora Bibiana), y mi amiga ganaría si era preciso las otras hasta veinticinco trabajando como allegadera, con las demás.

–Ése es un trabajo muy de roceras –dijo Isabelita entre hipos y suspiros– y mis amigas pensarán que no valgo para nada. Más me valdría ir a Barcelona.

Yo no quería que se fuera a Barcelona, porque la perspectiva de tener yo un hijo que iba a ser toda su vida el hijo de una prostituta me parecía el último extremo de la abyección.

Isabelita no conocía a la bruja, pero su amiga Trini se trataba con toda la gente irregular de la comarca. Isabelita le preguntó si la bruja esperaría a cobrar quince días después de hacer la operación, pero aquella hipótesis ofendía a la Trini:

–No, mujer. Esas tías no se chupan el dedo. Hay que pagar a tocateja. Figúrate que para no pagarle la acusan a la justicia con un anónimo y la meten en la trena. Se han dado casos. O que la cosa saliera mal. Entonces... ¿quién paga? Lo primero que hay que hacer es ponerle en la mano un duro encima del otro.

Después de una pausa expectante añadió:

–¿No te lo decía yo? La culpa la tienes tú por andar con jovenzuelos que no tienen sino la labia y la bragueta.

–Es que...

–El primer día yo me olí que os ibais a dar la fiesta y luego vendría lo que viniera. Y ahí lo tienes. Puedes ir a Barcelona y